

Sin embargo, y a pesar de que este tipo de estudios tampoco han tenido un amplio desarrollo y difusión, existen evidencias de poblaciones que anteriormente han vivido experiencias de desastres con altos niveles de destrucción y pérdidas, que cuando se encuentran ante a la posibilidad de un nuevo desastre el pánico y la ansiedad generados por esas experiencias se reflejan en una incapacidad para responder adecuadamente frente a nuevas situaciones. En México, por ejemplo, los efectos psicológicos que produjo el terremoto de 1985 dejaron en los sobrevivientes traumas que después de mucho tiempo no habían podido ser superados. Tres años después del terremoto de 1985 se presentó un nuevo sismo en la ciudad de México y dos personas que habían sobrevivido a la experiencia anterior saltaron por la ventana de un edificio; ambas murieron como causa del pánico más que por los efectos causados por el nuevo sismo, ya que el edificio en el que se encontraban no sufrió ningún daño.

Por otra parte, en el caso de desastres pequeños y medianos y principalmente en aquellos que se presentan con frecuencia sobre una población determinada, los efectos psicológicos también pueden afectar el comportamiento de la población y su visión sobre desastres futuros. Ejemplo de esto son las zonas que frecuentemente se ven afectadas por inundaciones, tormentas, etc. o por la presencia de fenómenos de larga duración como las sequías, y en las cuales la población presenta una especie de sentimientos encontrados entre la angustia de perder nuevamente su pertenencias, de que se encuentren nuevamente en peligro sus formas de subsistencia y una especie de resignación frente a lo ¿inevitable?, lo que también reduce considerablemente la posibilidad de que la población adopte formas de conducta que puedan orientarse hacia medidas de mitigación, para evitar o reducir los efectos que fenómenos naturales o humanos puedan tener en el futuro.

II. ESTRATEGIAS PARA LA PLANEACIÓN Y DESARROLLO SUSTENTABLE.

Los desastres como oportunidades para el desarrollo

La problemática de las grandes ciudades con respecto a la mitigación y manejo de desastres es muy compleja, dadas las condiciones en que éstas se han desarrollado y han evolucionado.

La tendencia de crecimiento que han tenido que seguir las grandes ciudades de América Latina, les ofrece pocas posibilidades de cambiar los patrones actuales y poder incorporar las actividades de mitigación y manejo en los planes y programas de desarrollo. Sin embargo, para regiones pequeñas con menores niveles de desarrollo, las oportunidades aumentan y éstas pueden ser aprovechadas con la ocurrencia de cada desastre; es decir, las comunidades pueden aprovechar los desastres como oportunidades de desarrollo, pero de un desarrollo planificado y sustentable, si se toman medidas adecuadas en el momento adecuado.

El caos económico, social, político y organizativo que significa el funcionamiento de una gran ciudad, hace que sus pobladores o gobernantes pierdan de vista cuáles factores pueden estar incrementando su vulnerabilidad, mientras que regiones más pequeñas y menos conflictivas en términos de su funcionamiento pueden tener un mayor control sobre su medio ambiente y poder actuar sobre él, con la ventaja que significa tener una visión mucho más amplia de la problemática que afecta a sus habitantes y tener una mayor capacidad de organización; no obstante, estos puntos a favor desaparecen e incluso se convierten en desventajas cuando en esas pequeñas poblaciones no se ha podido superar la existencia de gobiernos locales débiles, sin recursos o capacidad para gestionarlos y sumamente vulnerables al cambio. Por ello es sumamente importante lograr una organización y participación de la población que sea capaz de exigir al gobierno trabajar conjuntamente y que al mismo tiempo lo respalde y le sirva de apoyo para gestionar recursos ante otros niveles de gobierno u organizaciones externas. Reducir el impacto de los desastres no necesariamente significa desembolsar una gran cantidad de recursos económicos, ya que muchas medidas de mitigación y manejo pueden llevarse a cabo tan sólo con la voluntad política, la participación de la comunidad y la utilización de recursos naturales y tecnológicos locales. Por otra parte, es completamente cierto que en muchas regiones o comunidades cualquier desembolso de capital significaría un elevado costo y, por esto, se presenta sumamente difícil la posibilidad de poner en marcha cualquier medida de mitigación. Sin embargo, y en este sentido, la capacidad de gestión que los gobiernos locales tengan frente a otros organismos, nacionales e internacionales, puede ser determinante para la aplicación de nuevos proyectos de desarrollo.

Algunas de las medidas más recomendables que pueden implementarse después de la ocurrencia de un desastre y que permitan iniciar un cambio en los patrones de desarrollo existentes para evitar o disminuir la probabilidad de ocurrencia de nuevos desastres y que, al mismo tiempo, contribuyan a mejorar las condiciones de vida de la población son las siguientes:

- **La reconstrucción o sustitución de vivienda con tecnologías alternativas que reduzcan el riesgo y que puedan ser construidas con recursos naturales locales.**
- **El establecimiento y vigilancia de controles agrícolas que impidan la erosión de los suelos.**
- **La construcción o reconstrucción de obras de infraestructura adecuadas y de bajo riesgo.**
- **El establecimiento y vigilancia de controles para evitar la deforestación y cualquier otro proceso que contribuya a la degeneración de los recursos naturales.**
- **El establecimiento de formas de organización social que permitan un monitoreo permanente del seguimiento de programas de mitigación.**

La planificación como eje central en la reducción de desastres

Uno de los principales problemas que enfrentan la gran mayoría de las pequeñas poblaciones en la región latinoamericana es la carencia de planes y proyectos de desarrollo. En los casos donde estos planes existen generalmente se orientan hacia la planificación de zonas urbanas importantes ya existentes o cuando los gobiernos tienen intereses particulares sobre el desarrollo de una determinada zona o región, y como política general se pretenden aplicar a todas las regiones del país sin considerar sus características y necesidades particulares y los recursos disponibles en ellas.

Por ello, en las condiciones actuales la incorporación de la mitigación y manejo de desastres en los planes de desarrollo parecería una tarea imposible. Si bien esto podría representar un obstáculo difícil de vencer, también podría ser visto como una gran ventaja, pues paradójicamente la ausencia de planes de desarrollo posibilita la elaboración

de nuevos planes que desde el inicio contemplen objetivos y metas definidos a partir de las características y necesidades de cada región en particular y a partir también de sus recursos disponibles.

En este sentido, llevar a cabo una planificación adecuada que no solo reduzca el impacto de los desastres, sino que contribuya a elevar los niveles de vida de la población significa crear, en primer lugar, una política de planificación donde esta no exista, y donde sí haya antecedentes de proyectos o planes de planificación del desarrollo, significará superar las viejas formas de planeación impuestas por los gobiernos centrales y los cuales poco o nada conocen sobre las necesidades y potencialidades reales de las regiones donde se pretenden aplicar estos planes. Para ello, será importante que los gobiernos locales promuevan la creación de planes y proyectos de desarrollo propios, en los cuales participen todos los sectores de la población que de una u otra forma pueda verse afectada por ellos.

En la elaboración de programas para la planificación del desarrollo, se debe considerar que el propósito del ordenamiento territorial debe ser la definición de elementos y objetivos que sirvan como orientación o guía para la conformación de un territorio y su desarrollo; integrando los espacios, la población y los potenciales de producción. Un proceso como éste implica algo más elaborado que la localización básica de infraestructura productiva, propuesta a través de proyecciones en el mediano y largo plazo y una programación económica financiera, puesto que en ella deben considerarse elementos más amplios para el bienestar social de los pobladores tales como el acceso a los servicios, empleo, mejores condiciones de vivienda, diversificación productiva, manejo adecuado de los recursos naturales, etc., y que efectivamente contribuyan al desarrollo de esa región y no a su simple crecimiento; entendiendo como desarrollo la creación, distribución, distribución equitativa, redistribución y acceso a la riqueza; o en otras palabras, los elementos necesarios que contribuyan al mejoramiento global de una región y de las condiciones de vida del conjunto de su población.

La planeación del desarrollo sólo puede tener consistencia si se llevan a cabo programas económicos y sociales para un espacio geográfico específico y sobre el cual se tenga una clara visión de las metas y objetivos para el ordenamiento territorial a mediano y largo plazo. Pero además, la incorporación de las variables mitigación y manejo de desastres

en cualquier plan o programa de planificación es fundamental, ya que como hemos visto en apartados anteriores, si no se contempla la reducción de la vulnerabilidad y las posibilidades de generación de nuevas amenazas y riesgos, tampoco se reducirá la probabilidad de ocurrencia de desastres que cancelen o eliminen cualquier iniciativa de desarrollo para esa región determinada.

Desde el punto de vista de la planeación física (regional, urbana) los análisis geográficos, geológicos, ecológicos, de infraestructura, etc. y por lo tanto de amenaza, vulnerabilidad y riesgo deben ser lo más completo posible, puesto que son determinantes para la orientación de los usos potenciales del suelo y para la definición de un manejo adecuado del medio natural y los asentamientos humanos. Igualmente, desde el punto de vista de la planeación sectorial (administrativa, social, económica), es fundamental la definición de responsabilidades para contribuir a que se impongan ciertas medidas generales (legales, administrativas, fiscales, financieras, etc.) que permitan que la potencialidad de los usos del suelo sea respetada y que el manejo ambiental se ejecute debidamente, de tal manera que se puedan alcanzar los resultados proyectados. En el caso de la planeación para desastres, es indispensable considerar o implementar un sistema de monitoreo de vulnerabilidades (actividad que en ninguna parte del mundo se lleva a cabo en la actualidad), lo cual complementaría los sistemas de alerta y monitoreo de amenazas. Esto, serviría no sólo para identificar aquellos lugares más propensos a la ocurrencia de desastres, sino también para corregir defectos o errores en la planeación del desarrollo que puedan estar afectando otras actividades productivas o produciendo condiciones de deterioro en los niveles de la calidad de vida de la población a mediano y largo plazo. Por ejemplo, mediante el monitoreo de vulnerabilidades, se podrá conocer, por una parte, aquellos sectores de la población que se encuentren mayormente expuestos frente a todo tipo de amenazas, pero, en segundo lugar, también permitirá conocer si determinadas actividades humanas están contribuyendo a la degradación del medio ambiente, por ejemplo, que a mediano y largo plazo puedan generar una reducción de la productividad agrícola, escasez o contaminación de recursos naturales básicos como agua, etc., o simplemente produciendo nuevas amenazas como en el caso de la deforestación que puede traer como efectos secundarios deslizamientos, inundaciones o sequías prolongadas.

En resumen, un enfoque adecuado de la planeación del desarrollo, debe hacerse antes que todo con una visión local aunque no aislada y desvinculada de las políticas nacionales; proponer la definición de una imagen-objetivo dentro de un área con todos sus elementos tales como recursos naturales, materiales y humanos; y teniendo en cuenta que sus pasos deben realizarse en forma concertada entre los responsables, quienes de acuerdo con su competencia deben reglamentar usos y realizar intervenciones a través de la definición de instrumentos administrativos, jurídicos y fiscales. Esto, además de contemplar en forma realista la posibilidad de la planeación a partir de las necesidades de la población y la forma de satisfacerlas en función de los recursos disponibles, debe permitir el fortalecimiento de la capacidad de gestión y de negociación de los actores locales (gobiernos locales, organizaciones sociales de base, etc.).

Elementos para una planificación adecuada que reduzca la magnitud de los desastres

Un punto fundamental para influir cambios en los patrones de desarrollo existentes es, por un lado, la capacidad de gestión y la voluntad política para hacerlo, y en segundo lugar tener un conocimiento lo más amplio posible sobre las condiciones del medio, las necesidades de la región y las diferentes alternativas que se le presentan para inducir mejores condiciones de vida a sus habitantes.

Como hemos visto, la mitigación y manejo de desastres es una variable que no debe ser considerada como algo adicional en los programas de desarrollo, sino que debe ser parte de ellos para lograr reducir el riesgo de pérdidas por la ocurrencia de desastres y lograr un desarrollo sustentable.

Algunos de los puntos centrales que pueden ser útiles para modificar los patrones de desarrollo existentes, o para iniciar cualquier programa de desarrollo que incluya la mitigación y manejo de desastres son los siguientes:

1. Establecer contacto con expertos (científicos) que puedan asesorar a quienes elaboren los programas de planificación.

Hemos mencionado en apartados anteriores que la base fundamental para cualquier estrategia de reducción de desastres es la planificación del desarrollo que incorpore como prioritarias la mitigación y manejo, ya que de lo contrario

cualquier intento por mejorar las condiciones de vida de la población en términos económicos, políticos, sociales, etc. podría verse afectada por la presencia de amenazas de origen natural o humano que puedan desencadenar un desastre. Asimismo, hemos mencionado que cualquier intento de planificación, llámese planes o programas, debe ser elaborado con la participación del conjunto de la población que directa o indirectamente puede verse beneficiada o afectada. Sin embargo, es necesario reconocer que si bien es importante considerar las características, necesidades y recursos disponibles y que además es fundamental incorporar la experiencia que posee una comunidad en la aplicación de mecanismos formales o informales de mitigación y manejo de desastres, también es necesario reconocer que generalmente las comunidades, sobre todo aquellas con bajos niveles de desarrollo, no cuentan con todo el conocimiento técnico-científico indispensable para elaborar planes o programas de desarrollo. La planeación del desarrollo requiere una serie de conocimientos y técnicas que generalmente no poseen las comunidades y por ello, existen una serie de funciones que tienen que ser llevadas a cabo por expertos (científicos) quienes han obtenido el conocimiento necesario mediante el estudio y la investigación.

La fórmula más adecuada, entonces, para la elaboración y el diseño de estrategias de planeación del desarrollo, y por tanto de mitigación y manejo de desastres, es la combinación del conocimiento que puedan aportar los expertos (técnicos-científicos) y el conocimiento y experiencia que posea la comunidad. La relación entre ambos, sin embargo, generalmente se convierte en una relación de poder donde el que domina es aquel que posee, o cree poseer, un mayor conocimiento (en este caso los técnicos-científicos), por ello será necesario que la población sea quien decida las formas más adecuadas de planificación que más le convengan y que más se adapten a sus necesidades, recursos, estructura social y cultural, etc. y que utilice el conocimiento de los expertos como un instrumento para llevarlas a cabo. En este sentido, el papel que deben jugar los expertos en la planeación debe ser únicamente el de asesores o capacitadores de la población para dotarla de las herramientas necesarias y la capacidad para elegir las formas más adecuadas.

2. Examinar la cadena de desarrollo para determinar si conduce a proyectos seguros o inseguros.

En esta parte se trata de estudiar cuidadosamente cada etapa de la cadena de desarrollo desde la perspectiva de la evaluación del riesgo y en ese sentido plantearse las siguientes interrogantes:

- ¿Han sido reconocidas y medidas todas las amenazas locales?.
- ¿Han sido previstos y considerados todos los variados y complejos patrones de vulnerabilidad posibles y los factores y procesos que pueden estar contribuyendo a su acumulación antes de la toma de decisiones de niveles superiores?.

En los donde sea posible, puede ser muy útil realizar una comparación entre modelos de desarrollo de países o regiones con diversas formas y niveles de organización para determinar cómo dentro de cada patrón de autoridad y administración se pueden encontrar formas para asegurarse de que la vulnerabilidad no está aumentando y de que el modelo de desarrollo no contiene elementos que siembran la semilla de un nuevo desastre, así como también puede ser de muy rico analizar experiencias de planificación en otras regiones con características y problemáticas similares para utilizar los conocimientos acumulados por otros en la planificación local del desarrollo y en la implementación de medidas efectivas de mitigación y manejo de desastres.

3. Establecer un diálogo con la población afectada en todas las etapas de la planeación.

Generalmente se dan contradicciones entre la percepción que los políticos tienen acerca del riesgo y la propia visión de la población, y generalmente también es ignorada la opinión que la población involucrada puede tener sobre los programas de desarrollo que se pretenden aplicar. Esta ha sido una de las razones más importantes por las cuales estos programas no se han podido traducir en mejoras sustanciales para las poblaciones en su conjunto. Para lograr verdaderos cambios en los patrones de desarrollo se propone considerar los siguientes puntos:

- Primeramente, será muy útil establecer en forma realista cuál ha sido el cumplimiento de ciertas normas consideradas en los proyectos de desarrollo. Si, por ejemplo, to-

mamos el caso de los controles de los usos del suelo y puede verse que existen numerosos casos de omisión en estos controles, entonces será necesario que quienes elaboran los programas de desarrollo estudien nuevamente sus modelos para ver si existen nociones poco realistas en su diseño básico.

- En segundo lugar, no es ni una debilidad populista ni un lujo fastidioso para planificadores del desarrollo, insistir en que su equipo técnico entable discusiones detalladas con aquellos directa o indirectamente afectados por un proyecto dado desde sus más tempranas etapas. A pesar de que tal diálogo puede provocar demoras, cambios o hasta cancelaciones, siempre se estará actuando con la seguridad de que los planes que se elaboren efectivamente están dirigidos al público al que buscan servir, con la ventaja y a sabiendas de que en el largo plazo el consentimiento público y la cooperación activa son esenciales para el éxito de los planes de desarrollo.

El propósito de los planificadores tomadores de decisiones ha sido siempre el de construir modelos de desarrollo que equilibren las necesidades de una acción planeada para el bien de la sociedad –incluyendo su protección contra riesgos ambientales– con las necesidades y percepciones de las familias más afectadas. Sin embargo, la población debe dejar de ser vista como un grupo de meros consumidores, pasivos e ignorantes, de planes hechos a su favor como gestos paternalistas de sus líderes y debe pasar a formar parte activa en el diseño de políticas que le afectan directa o indirectamente.

4. Examinar los riesgos en forma realista.

Con frecuencia son poco evidentes dentro de la política oficial algunos elementos reales que escapan a cualquier propuesta de planificación, como el vano intento de impedir que la gente viva en áreas de alto riesgo pero ricas en términos productivos. En estos casos los campesinos y sus familias parecen hacerse cargo de su propia vulnerabilidad cuando aceptan los riesgos con el fin de obtener beneficios económicos. A su juicio “estar en riesgo” tendría que ser visto dentro de una estructura más amplia que la simple probabilidad de que pueda ocurrir un desastre, ya que habría que considerar también el riesgo más urgente de la subsistencia diaria que se encuentra tras la decisión de ignorar los controles del uso del suelo.

En zonas de riesgo donde se están planeando o implementando proyectos de desarrollo, es esencial que los gobiernos reconozcan que para las familias pobres la “percepción y el ajuste del riesgo” es un asunto secundario o no prioritario. Para ellos la realidad económica de supervivencia familiar diaria tiene seguramente más importancia que la protección frente a la ocurrencia poco frecuente o poco probable de fenómenos de origen natural o humano.

Por lo tanto, la pregunta clave sería si los riesgos económicos para la subsistencia están siendo balanceados con las amenazas a la vida y los miembros.

5. Promover la elaboración y utilización de sistemas de información geográfica para estimar y cuantificar las amenazas y los riesgos y poder actuar sobre ellos.

Hemos mencionado que la información es una parte importante para el diseño de políticas de mitigación y manejo de desastres. Sin embargo, la información por sí misma no tienen prácticamente ninguna utilidad si no está ordenada, clasificada y es aprovechada en herramientas que puedan ser útiles para los tomadores de decisiones y para el conjunto de la población. En este sentido, la elaboración y utilización de los llamados “Sistemas de Información Geográfica” deben considerarse como una de las mejores vías para aprovechar la información disponible y también pueden servir para identificar aquella información que no ha podido ser recolectada. Actualmente, con el desarrollo de la tecnología, principalmente mediante el uso de computadoras, se han diseñado sistemas de información geográfica sumamente sofisticados que son utilizados por los planificadores en todo el mundo y que permiten la elaboración de mapas de amenazas, identificación de zonas de alto riesgo, e incluso mediante algunos de estos sistemas se pueden construir escenarios de simulación de desastres, estimar los daños que puede causar un fenómeno natural o humano y establecer las zonas que pudieran verse afectadas, aunque la utilización de estas herramientas requiere de equipo técnico muy costoso y ser manejado por expertos.

Una opción alternativa en los casos donde la tecnología y el personal capacitado para operarla no estén disponibles ni existan recursos para obtenerlos, es la elaboración manual de mapas donde se identifiquen las principales amenazas, riesgos o factores de vulnerabilidad, y aunque sí se requiere la asesoría de técnicos especialistas, no implica un gran desembolso en términos económicos. Existen casos donde la

ocurrencia de desastres ha sido tomada por la comunidad como una oportunidad para ampliar su conocimiento sobre su medio ambiente, recursos naturales y humanos potenciales y buscar mejores condiciones de vida y desarrollo, incorporando formas de mitigación y manejo de desastres. Un ejemplo de esto es lo que sucedió después del desastre de Páez, Colombia en 1994 ocasionado por un aluvión, donde la comunidad de países (una comunidad indígena sumamente cerrada), con el apoyo y asesoría de expertos en planificación y mitigación de desastres, diseñaron un sistema de información geográfica mediante la elaboración de mapas de amenazas, riesgo y vulnerabilidad hechos por la propia comunidad y utilizando sus propios símbolos. La comunidad elaboró estos mapas aplicando la técnica y la metodología aportada por los expertos, pero incorporando información recabada por la población y en la que se consideraba sus técnicas agrícolas y sus formas culturales, utilizando para ello sus propios símbolos. Esto sirvió no sólo para hacer participar a la comunidad en un proyecto que la afectaba directamente, sino también para que ella decidiera cuál era la forma más adecuada en la que su comunidad podía ser reconstruida con mejores condiciones de seguridad y con opciones de mejorar sus condiciones de vida. Lo sustancia, sin embargo, es que ahora esa comunidad cuenta con una serie de instrumentos básicos como lo son los mapas de amenaza, riesgos y vulnerabilidad, y que además son perfectamente comprensibles por ellos mismo; es decir, la comunidad se identifica con ellos, ya que es común encontrar que la información generada por los expertos se elabora a partir de una serie de términos y símbolos tan técnicos que solamente pueden ser entendidos, y por lo tanto utilizados, por otros técnicos que posean conocimientos similares.

6. Realizar estudios de recurrencia de desastres.

Estos estudios pueden ser elaborados con la información disponible y utilizando la memoria colectiva de la población. Contar con un inventario de los desastres ocurridos en la región, su localización y sus principales características es fundamental para el diseño de cualquier política de planeación, ya que a partir de él y mediante la utilización de los sistemas de información es posible elaborar una evaluación de amenazas, determinar las zonas habitacionales o productivas de mayor riesgo y, con ello, definir estrategias para la construcción de infraestructura, para la implementación de medidas de mitigación y para el establecimiento de las zonas prioritarias que requieran mayor atención.

7. Introducir la evaluación de la vulnerabilidad en el proceso de planeación.

Dentro de países propensos a desastres es esencial que para cualquier proyecto de desarrollo se introduzca una evaluación de la vulnerabilidad, para lo cual será necesario plantearse las siguientes interrogantes:

- **¿El proyecto que se pretende implementar incrementará o reducirá la vulnerabilidad social, económica y física en el corto, mediano y largo plazo?.**
- **¿Se proyecta la simple transferencia de riesgos?. Por ejemplo reducir la vulnerabilidad de un sector de la población (un grupo poderoso) a expensas de otro (un grupo débil).**
- **¿El proyecto está completamente protegido de la acción de amenazas, o existe algún tipo de inversión que puede perderse por inundaciones, ciclones, sismos o cualquier otro fenómeno?.**

Por otra parte, es preciso enfatizar que dada la acelerada acumulación de vulnerabilidades en las distintas regiones de América Latina es muy probable que se produzcan desastres “sorpresivos” en la región con cada vez mayor frecuencia. Actualmente se pone bastante énfasis en el estudio y monitoreo de las amenazas y su evolución, pero la vulnerabilidad sigue siendo un campo de investigación marginal. Creemos que la base fundamental para la mitigación y el manejo de desastres en la región tiene que ser la creación de sistemas de información que permitan identificar los patrones de vulnerabilidad que existen en la región y monitorear los cambios que ocurren en ellos. Sólo con sistemas de este tipo sería posible conocer los niveles de riesgo reales que existen, su distribución espacial y su evolución temporal. Sólo identificando a los riesgos reales podríamos empezar a actuar sobre ellos.

8. Examinar el costo social de la protección.

Generalmente las políticas de gobierno están destinadas a proteger a una región y a un conjunto de valores económicos a costa de otra región y de sus valores menos importantes. Esto ocurre con mucha frecuencia en países donde la escasez de recursos económicos no permite cubrir las necesidades del conjunto de su población, por lo que frecuentemente se establecen “prioridades” donde la protección de

una región frente a un desastre es el desastre de otra región. Existen numerosos casos donde es común encontrar este tipo de situaciones. En el reciente sismo ocurrido en México, por ejemplo, se evidenció que el mayor centro de atención para las políticas de mitigación y manejo de desastres es la ciudad de México. En general, y después de ocurridos los terremotos de 1985, cada vez que ocurre un sismo la autoridades y los medios de comunicación se preocupan por los daños que pudiera haber sufrido la capital del país, mientras que prácticamente nadie pone atención a los daños que sufren las poblaciones de la costa del Pacífico donde generalmente se originan los sismos. Este último sismo ocurrido en septiembre de 1995, que tuvo una magnitud de 7.3 grados Richter, la capital no sufrió daños, pero en algunas poblaciones de la costa Pacífica se destruyeron más de 300 viviendas, dos personas murieron y hubo más de 5,000 damnificados; sin embargo, a la noticia no se le dio mayor importancia.

Es por esto que una planificación adecuada debe considerar la elaboración de un profundo examen para explorar las formas de proteger los recursos sin sacrificar en el proceso a las poblaciones más débiles y hacer desaparecer el principio de la “supervivencia del más fuerte”.